



Herencia*

Juan Eduardo Tesone

Resumen: Género ficción, en forma de un cuento corto, se plantea la transmisión transgeneracional de lo que se recibe como herencia, no tanto como bienes tangibles, sino como rasgos de personalidad, incluidas las vivencias traumáticas, que se reciben y se intentan tramitar de la manera que resulten menos disruptivas para el sujeto.

Descriptor: Angustia, Duelo, Transgeneracional, Familia, Nombre.

Rafael concurrió a la hora exacta acordada con el notario. Prolijo, adusto, con un nudo de corbata ancho y centrado, como si fuera un sello en el cuerpo que diera la fe necesaria a su oficio, el notario procedió a leer en detalle el acta cuidadosamente preparada para formalizar la sucesión. Enfundado en un saco marrón, anteojos de marco negro, gruesos lentes, resaltaban lo aburrido de su burocrática cotidianeidad.

Si bien la muerte de sus padres había acaecido hacía dos años, recién ahora Rafael podía confrontarse con la formalidad de la herencia. Más bien delgado, pero con una pancita incipiente, pelo oscuro, tez pálida, se lo notaba algo nervioso. Pantalón liso, zapatillas deportivas, rasgos tensos, camisa color violeta y un saco azul descontracturado lo arropaban.

Descontado el pasivo de las deudas de una hipoteca, queda a su disposición, -le informa el notario con voz monocorde- una casa en un barrio cerrado en Pilar, de una superficie cubierta de 120 metros y un lote de 27 por 60 metros, con caída a un lago artificial, muelle y atracadero para una embarcación deportiva. Dos terrenos, uno a 4 km de San Martín de

* Copyright del autor, prohibida toda reproducción total o parcial. Cuento incluido en el libro de cuentos *Impuro cuento*, Editorial Vinciguerra, Buenos Aires, 2024. Contacto: jetesone@hotmail.com



los Andes, con una cabaña de 50 metros cuadrados y otro en esta localidad de Mar de las Pampas, a 100 metros de la playa, sin construcción, de 230 metros cuadrados.

La casa familiar en Villa Urquiza ya la había vendido, sus padres habían previsto hacerle donación de la nuda propiedad, guardando los derechos del usufructo, extinguido con la muerte de los mismos. Eso de la nuda propiedad siempre le había parecido insólito, sobre todo cuando tuvo que vaciar la casa de sus padres. Abigarrada de objetos, de desnuda nada. La biblioteca cubriendo los cuatro muros del escritorio era el bien máspreciado por Rafael, aunque cierta humedad los alejaba de su curiosidad. Los adornos, estatuillas y platos decorados de Limoges que adornaban las paredes, el mobiliario francés, cortinas translúcidas que alejaban las luces y la lucidez, conformaban un entramado difícil de reunir en otro contexto. Un container alquilado vino en su ayuda. Ahí, con cierto desgarró, pero aliviado, supo liberarse de objetos llenos de significado, demasiado significado como para ser conservados. Con ayuda de amigos y familiares, como si fuera con machetes en plena selva, logró en tres días vaciarla. Al final, ya en la premura de la entrega al nuevo propietario, pidió a dos cartoneros, que incursionaban en el container, que subieran y se llevaran directamente varios de los objetos más pesados. Ángeles no ya de la guarda sino de la des-guarda. Lo más difícil fue vaciar el placard de sus padres. Lo vivió como una intrusión a su intimidad. Encontró viejas fotos de familia, incluso de varias generaciones que lo habían precedido, familiares que no le eran para nada familiares. Una extrañeza inundó sus vivencias. El color sepia no destacaba los parecidos sino la lejanía. Imágenes de migrantes venidos de lejos, con la pérdida inscripta en sus macizos cuerpos, abigarrados, portadores, ya consigo, de la melancolía que su madre había acumulado en su mirada. Venidos de Lucca, en la Toscana, retuvieron sus murallas de las cuales nunca osaron salir. América una promesa. ¿De qué?

Encontró cartas entre sus padres, aquellas que se enviaban otrora por el correo. Su madre había parido en Buenos Aires mientras su padre estaba en el extranjero. Su padre lo conoció cuando tenía seis meses. Conocer a su padre le llevó años...Miró los sellos. Su antigua colección de estampillas primó por un instante sobre el contenido de las cartas. Un detalle estético que le recordaba su primigenia condición de filatelista. Un instante de color en un día gris. De pronto Rafael se sintió un intruso, voyeur en potencia. A pesar de su tentación (comenzó a leer la primera carta), decidió romperlas. Pero leyó lo suficiente como para advertir que hablaban de él como del "chico", sin nombre, casi como de un alien.

Fotos...fotos...fotos...Rafaela bebé, Rafaela en brazos, durante el baño, en pañales, comiendo, risueña, carita rozagante, plena de vida. Su madre sonriendo, mirada destellante.



Era la madre de Rafaela. No fue la de Rafael. Envidió a su hermana. Pensó que suerte había tenido. No encontró fotos de su madre embarazada de Rafael.

De naturaleza más frágil, su madre había sin embargo sobrevivido a su padre varios años más. Años estériles, su demenciación precoz la había ausentado en vida. Su cuerpo siguió latiendo, su mente había dejado de latir hacía tiempo. No fue un cambio radical, su melancolía la había ausentado desde que Rafael había nacido. Nunca había superado la muerte de su hija mayor. Una meningitis la había llevado a los tres años de edad. Rafael portaba la pesada carga de ser el segundo hijo de sus padres, el único que sobrevivió a los avatares de la vida. En las huellas de su nombre se alojaba sin embargo la presencia de Rafaela. Una desconocida demasiado conocida a través de la mirada de su madre. Una mirada que no veía a Rafael sino a un horizonte vacuo. Rafael podía percibir la inmensidad de la presencia de la ausencia de su hermana en su madre. Interesado por la fotografía, en particular de rostros, adolescente, había recorrido durante años los diferentes barrios porteños en busca de miradas expresivas. A veces pedía permiso a personas sentadas en plazas, solitarias, en pareja; otras, las sacaba de manera furtiva con ayuda de un zoom, siempre de manera oblicua. Es sabido que la mirada de frente puede medusar a más de uno y mirar para atrás convertir en estatua de sal. Elegía primeros planos de rostros, no le gustaba fotografiar paisajes. El horizonte permanecía siempre lejano.

El notario proseguía impertérrito su meticulosa alocución, que tenía como ventaja no perturbar sus recuerdos ni sus vivencias. Si le hubiera enviado un pendrive hubiese sido lo mismo y le hubiera evitado el desplazamiento. Pero la formalidad requería presencia y escucha, al menos asentir con la cabeza que no es lo mismo, pero parece igual. La voz metálica del notario continuaba, escupiendo deducciones, gastos, sellados hasta que finalmente dijo la única frase que le pareció interesante: ¿Acepta Ud. la herencia?

Rafael habló por primera vez. Su tono vehemente sorprendió al notario, que no estaba acostumbrado a escuchar voces altisonantes.

Rafael dijo algo así: - Acepto los bienes materiales, pero hay muchos aspectos de la herencia de mis padres que no acepto. En primer lugar, no acepto que la melancolía de mi madre haya podido transitar imperceptiblemente hacía mí. A veces, cuando tengo una visión algo escéptica, hasta gris de la existencia, temo que sean los ojos de mi madre que miran a través mío. No me siento para nada una persona triste, aún menos melancólica, pero quien sabe, quizá con la edad me pueda parecerle. Acepto en cambio su parte de la biblioteca en idioma italiano. Mi madre concurrió durante años a la Dante Alighieri. Desde niño fue un idioma que me pareció un juguete maravilloso. Curioso de lo que motivaba en mi madre, recorría sus libros. No entendía lo que leía en italiano, pero mis ojos recorrían

las letras con entusiasmo, sin saber lo que significaban. Era un deambular por letras inquietas que se movían con ritmo. Les atribuía la música que escuchaba mi madre: Mina, Rita Pavone, Luigi Tenco y otros cuyos nombres no recuerdo. Me regocijaba escuchar la voz de mi madre cuando, de muy vez en cuando, las cantaba. Las ilustraciones de la Divina Comedia, casi un animé, anticipo de la vida. Cuando supe leer, el nombre de Beatrice me encandiló. Desde aquella época no busqué simplemente una mujer que me gustara, sino una mujer que se llamara Beatrice. No distinguía si con ella sería el cielo, el infierno o el purgatorio. Pero no dudaba que me enamoraría.

Escuchaba al notario al ritmo de su oscuro saco marrón.

Rafael recordó que, luego de leer en italiano, la mirada de su madre se transformaba y era el único momento en el cual se sentía mirado. Ella leía italiano, y Rafael leía complacido su mirada gozosa.

—De mi padre —continúo Rafael, dirigiéndose al notario—, no admito sus fuertes crisis de cólera desproporcionadas; si acepto en cambio como herencia, su talento intelectual, sus valores éticos y su coraje para enfrentar obstáculos en la vida. Una fuerza de la que a veces carezco y recibiría gustoso.

—Rafaela —continúa— ha sido una presencia inerte, no sólo en el alma de mi madre, sino en las huellas de su nombre en mi cuerpo. He tenido que ser siempre muy varón, en el sentido social del término. He practicado deportes rudos, riesgosos, aún en contra de mi deseo. Alpinismo, rugby, esquí de competición, aeronavegación, paracaidismo. Reservados, en aquel entonces, a los hombres. Tuve que demostrarme que había poco o nada de feminidad en mi ser, temía que los mínimos aspectos femeninos me llevaran a la muerte. -No sabe lo cansador que ha sido, una caricatura de la condición masculina. No acepto el nombre que me dieron mis padres. De niño lo fui modificando hasta conseguir, un poco por mi actitud agresiva en los deportes, que me llamaran Tigre. Es el apodo con el cual me llaman mis amigos. Me va bien, me siento un felino ágil y alerta, y tiene un agregado que me resulta simpático, al menos lo pienso: sus rayas, me dan un toque de rayado, una pizca de locura que me distingue de mi familia-

El notario, sorprendido por tanta elocuencia, tuvo la amabilidad de escuchar en silencio. No digo atento, pero al menos condescendiente. —La herencia que me propone —prosigue Rafael— la recibiría en nombre de mi verdadero nombre: Tigre. Pero no de Rafael. Quiero que mi hermana fallecida quede sin ser transmitida, que no pretenda ser un recuerdo que no tengo, a lo sumo le daría algunos aspectos de mi madre que le pertenecen. Después de todo, que se haga cargo de todo lo que provocó en su madre. ¿Quién le mandó morir de meningitis? Que ambas se reencuentren en el cielo, que recupere a su madre. Yo quiero vivir la mía que no tuve.

Atónito, el notario, intentó explicarle que la herencia era un todo que se aceptaba o se rechazaba. Que no podía elegir aquello que prefería, y menos aún los rasgos de carácter. Para el notario, la herencia eran bienes tangibles. El resto no le incumbía.

Rafael firmó el acta que le leyera el notario. Tigre se levantó sin firmar y se fue, no podía recibir toda esa pesada herencia *in toto* sin intentar una selección. Caminando por el borde del mar, se sentía más liviano. La forma que adquirió su alegría. Se sentó en un café de Mar de las Pampas, bordeando la costa. Tenía apetito. El horizonte era invitante, nunca lo había sentido tan próximo y prometedor. El mozo se acercó y le propuso un menú fijo a un costo accesible. Aunque —agrega— si lo desea también tiene el menú a la carta. De la boca de Rafael surgió a borbotones una respuesta inmediata —menú a la carta—.

Juan Eduardo Tesone: Médico UBA (diploma de honor), Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina, miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de París, Psiquiatra de la Universidad de París XII, Miembro de la Sección Psicoanálisis y Psiquiatría de la WPA, Profesor asociado de la Facultad de Psicología de la Universidad de París-Nanterre, profesor emérito y titular del doctorado sobre “Lo disruptivo y el psicoanálisis”, USAL, Buenos Aires. jetesone@hotmail.com

Herança

Resumo: Gênero ficção, na forma de um conto curto, aborda a transmissão transgeracional do que é recebido como herança, não tanto como bens tangíveis, mas como traços de personalidade, incluindo experiências traumáticas, que são recebidas e tentadas processar da maneira menos disruptiva para o sujeito.

Descritores: Angústia, Luto, Transgeracional, Família, Nome.

Inheritance

Abstract: A work of fiction, in the form of a short story, it explores the transgenerational transmission of what is received as inheritance, not so much as tangible assets, but as personality traits, including traumatic experiences, which are received and attempted to be processed in the least disruptive way possible for the subject.

Descriptors: Anguish, Grief, Transgenerational, Family, Name.